

Este convento es la llave del agua de la ciudad, siendo además en todas las revoluciones el punto dominante de los contendientes; y de aquí que siendo la fortaleza principal, siempre ha sido disputada su posesión, y en todos tiempos ha sido convertido en cuartel general. (1)

Muy conveniente sería que el gobierno procurase la conservación de este monumento, fuente de acontecimientos históricos, y más que todo, antorcha luminosa del Catolicismo.

LIV.

La Divina Pastora.

A ti clamamos
Pastora de almas
Tu nos auxilias
En nuestras ansias.
PBRO. JOSE M. ZELAA.

LLA por los años de 1750 existió un lego en el Colegio Apostólico. Este era muy amante de la Santísima Virgen bajo la advocación de La Divina Pastora. Tantos beneficios recibió de ella, que mandó hacer su imagen de bulto y la colocó

(1) La gratitud de los religiosos, levantó en el estanque de la huerta una estatua al Señor Marqués de la Villa del Villar del Aguila, por el grande beneficio que recibían de este insigne bienhechor con la introducción del agua, y de lo cual ya hablamos en la leyenda relativa.

cerca de él, para entregarse diariamente á su culto y veneración singular.

Después de algunos años que permaneció en el citado Colegio como donado, se retiró de aquel convento fijando su residencia en el barrio de San Francisquito, llamado así, por haber allí una pequeña capilla hecha por los religiosos franciscanos del convento de recolección de San Buenaventura, (después Colegio Apostólico) en el cual se veneraba á Señor San Francisco, titulándose con el diminutivo, tanto por su pequeñez, como por distinguirse del templo grande de San Francisco.

Allí en ese barrio vivía y frente á la capilla el citado lego, llevando una vida cual los monjes de la Tebaida, vestido de tosco sayal, solo y ocupado de la enseñanza de la doctrina á los hijos de los indígenas de que está compuesto el citado barrio.

En este tiempo creyó conveniente, (después de haber llevado aquella vida,) para tranquilizar su espíritu, tomar el estado del matrimonio del cual no tuvo sucesión. Pero poco tiempo permaneció en ese estado; pues luego á poco murió, dejando la Imagen, centro de su devoción, en la capilla citada, para veneración pública.

D. Francisco Alday, vecino acomodado de esta ciudad, recibió de esta venerada Imagen un muy especial beneficio, por lo cual ofreció levantarle un templo digno, cuya primera piedra se colocó el 30 de Agosto de 1785, dedicándose solemnemente el templo ya concluido el 8 de Septiembre de 1786 fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, en cuya fecha desde entonces se celebra la fiesta titular.

No paró aquí la devoción del Señor Alday, sino que dotó también un capellán para que cuidara del culto de la veneranda imagen.

D. Melchor de Noriega, insigne devoto suyo, frecuentaba sus visitas á esta Santa Imagen, dejándole gruesas sumas para su culto en este mismo lapso de tiempo.

A tal grado llegó la veneración de esta Imagen, que mucho tiempo fué sostenido su culto con esplendor, por los donativos de la clase alta.

Aquí, como en todas las poblaciones, la clase indígena, á la par que los españoles iban ocupando el centro de la ciudad, ella se iba retirando á los suburbios, siendo éste uno de los más poblados por esta desventurada raza.

A principios de este siglo fué constituido este templo como ayuda de parroquia, como hasta hoy lo es, llevando el teniente cura su reglamento en materia de derechos parroquiales, arreglado al arancel de los indios.

Todavía en estos tiempos se suelen encontrar en lo más apartado de este barrio y en medio de la oscuridad de la noche, las reuniones espíritas, alimentadas por las sonatas que producen las guitarras de armadillo y las fogatas de marigüana, sirviendo de "mediums" figuras bastante defectuosas de barro, trapo ó madera, recibiendo perfumes producidos por el copal y alucema.

El turista que desee conocer las costumbres y trajes típicos de esta raza, que ocurra anualmente á las fiestas del 8 de Septiembre, y se convencerá que á pesar de lo avanzado de los tiempos, los indígenas de este barrio aun conservan sus mismos

trajes, cantos y costumbres de los primitivos tiempos.

Poco ha todavía el día de la fiesta recorrían la ciudad las danzas de pequeñuelos elegantemente vestidos y las comparsas de chichimecas con sus vistosos plumeros, banderas y trajes, llevando por delante unas máscaras, la cosa más ridícula que yo he conocido.

Hoy ya no sale tampoco eso que llamaban *Mogiganga* y que consistía en cierto número de hombres vestidos de mujer en burro, llevando canastas con viandas, fruta, etc.

En cuanto á la fiesta religiosa, desgraciadamente hoy ya no es ni sombra de lo que fué en sus primitivos tiempos; consecuencia del decaimiento del culto y veneración á la Santa Imagen, herencia de nuestros antepasados.

También este templo como todos los de esta histórica ciudad, ha sido teatro de sucesos militares más ó menos importantes.

El 14 de Marzo de 1867, primer día de combate en el memorable sitio, fué tomado por los republicanos y guarnecido con piezas de artillería que hacían mucho mal á los sitiados, pero pronto fué recuperado.

Desde la torre de este templo presenciaron el Emperador y sus Generales, el arrojó del valiente Coronel Rodríguez al querer tomar la Garita, siendo atravesado por una bala enemiga, el 1.º de Mayo, y cuya pérdida fué irreparable.

LV.

Un Castigo merecido. (1)

¿Quién llama? espantado grita,
Y por única respuesta
Vuelven á dar fieros golpes
Que más su ánimo consternan.

V. RIVA PALACIO Y J. DE D. PEZA.

Refieren un episodio
Las crónicas de aquel tiempo,
De un Cura de esta ciudad
Cuyo nombre bien recuerdo. (2)
El cual voy á referir
Tal cual á mí refirieron,
Para que sirva de ejemplo
Y consuelo á los enfermos.

Eran de mil ochocientos
Setenta si mal no recuerdo,
Los años en que pasaron
Estos acontecimientos.

(1) El sabio biógrafo del nunca bien llorado Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Camacho, dice que este señor manejaba con facilidad aquel consejo del Espíritu Santo: "Enójate y no quieras pecar," y citando algunos ejemplos, agrega: "El Sr. Camacho se enojaba cómo y cuando quería, y acto continuo quedaba tan pacífico y tan festivo como de ordinario."

La presente leyenda no lleva otro objeto que enaltecer esta virtud, detallando un hecho que corrobora el aserto de su ilustre biógrafo.

(2) Por vivir aún algunos de los miembros de su familia, no parece conveniente citar aquí su nombre.

Gobernando aquesta iglesia
Aquel virtuoso Prelado,
Honra y gloria de Jalisco
Y prez del Episcopado;
Quien no obstante tan amable
Y de dulzura dechado,
Era también inflexible
Cuando se hacía necesario,
Dando ejemplares castigos
Y de cumplimiento exacto,
Como así lo corrobora
El Cura de mi relatô.

La de la siesta sería
Cuando llega un artesano,
De prisa casi corriendo
A las puertas del curato,
Preguntando por el Cura
(Que duerme hace poco rato)
Para que preste á un enfermo
Los auxilios necesarios.

El Cura un poco achacoso
Y su cerebro abrumado
Le dice no tiene tiempo;
Que vaya á ver al vicario.

Dió media vuelta aquel pobre
Y fué corriendo á buscarlo;
Pero á ver otro de lejos
Salido había en su caballo.

Volvióse aquel presuroso
A dar parte al Cura de almas
Atravesando las calles,
Corre y corre á las volandas

Por temor de que su enfermo
Fuese á morir en pecado.

Llega, pregunta, investiga
Si se habrá desocupado;
Que haciendo una diligencia
Se encuentra, dijo el Notario.

Sin hacer mérito de esto
Entróse el buen artesano
Y le comunica al Cura
Que no ha encontrado al vicario;
Que su enfermo está tan grave
Que quizá ya haya espirado.

El Cura aquel contrariado
Y con algo de cachaza,
Le dice vaya al vicario
Ya lo ha de encontrar en casa;
Pues á él le corresponde
Por estar ahora de guardia.

El pobre aquel ya mohino
Y de dar vueltas hastiado,
Sin despedirse del Cura
Sale por fin del curato;
Y resuelto ¡Pese al mundo!
Ante el Obispo á acusarlo
Para que sirva de ejemplo
Y consuelo de malsanos.

En las elevadas torres
De la ciudad de los templos
De ánimas el toque se oye
Recordando así los muertos.

Del faro á la luz lánguida
Atraviesa solitario

De Capuchinas la calle
Nuestro sentido artesano;
Y tomando por la izquierda
Llega presto al obispado,
Pregunta por el Obispo
A quien pasan su recado.

“Que pase luego al momento”
Dijo el virtuoso Camacho;
Y después de los saludos
De estilo ya acostumbrados,
Lleno de afecto y dulzura
Le dice qué lo ha llevado
Ante el Obispo á esas horas
Y por qué viene agitado.

Relata lo sucedido
Con el Cura de su barrio
Y que su enfermo agoniza
¡Virgen santa! y en pecado.

Molesto sobremanera
El buen Obispo y tomando
Su bastón á la escalera
Sale de presto, volando.
Toma luego por las calles
A pesar del aire insano,
A su incógnito siguiendo
Por aquellos empedrados.

Ya por la oscura ribera
Del río que llamamos blanco
A cierta casa penetran
De aspecto muy miserable,
En donde yace el enfermo

Por fortuna en buen estado
 Para poder confesarse
 Por suerte con el Prelado.
 Pasados tres cuartos de hora
 De permanecer al lado
 De aquel enfermo dichoso
 Sale por fin fatigado,
 Y tomando el derrotero
 Que su incógnito le ha dado
 Con paso firme y sereno
 Se dirige hácia el curato.

Pasado el toque de *queda*
 Gran estruendo se ha escuchado
 Producido por el eco
 De dos fuertes aldabazos
 Dados en casa del Cura
 Por el mismo Diocesano.
 Sale una criada y pregunta
 Antes de abrir, con cuidado:
 "Quien es?" repetidas veces
 Con un farol alumbrando;
 Agregando que ya el Cura
 Cenó y ha de estar rezando
 Y no quiere le molesten
 Cuando en ello está ocupado.
 "Diga vd. que una persona
 Para un negocio importante
 Le busca, y aquí lo espera;
 Que de presto se adelante."
 Un tanto cuanto achacoso

Y otro poco amostazado
 Sale el Cura y vocifera
 Un "¿Quién es?" brusco y airado.
 Y al instante ¡Santo Dios!
 "El Obispo," le contestan
 Con una voz parecida
 En el tono á la que ha dado.
 "Vengo tan sólo á deciros,
 Sigais tranquilo rezando;
 Ya hé confesado al enfermo
 Y cumplido vuestro encargo.
 Y así sabed, Señor Cura:
 Cesa ya deste momento
 Vuestro mando en esta casa.
 Y que os sirva de escarmiento,
 Que á fuer de Ramón Camacho
 Sé también cubrir las faltas
 De Curas desobligados....."

Dijo y se alejó al instante
 En santo celo inflamado
 Por esas lúgubres calles
 Con rumbo hácia el obispado.

De esta manera el Prelado
 Dióle castigo tremendo
 Para ejemplo de sus curas
 Y consuelo á los enfermos. (1)

(1) Esta leyenda fué reproducida por algunos periódicos, entre los que recordamos "El amigo de la Verdad" de Puebla. Tom. VIII núm. 27 de fecha Junio 5 de 1897, y "La Voz de la Verdad" de Oaxaca. Tom. II núm. 27 de fecha Julio 25 de 1897.